

# “LA JUSTICIA EN HESÍODO: MODELANDO A PROMETEO”



**JOAQUÍN ALMAGRO ABENZA**

**UNIVERSIDAD DE ALICANTE**

**1º HUMANIDADES**

**2009**

## INTRODUCCIÓN

El mito de Prometeo es uno de los relatos de la cultura griega clásica que más evolución ha experimentado a lo largo del tiempo. La interesante temática que aborda y la enorme riqueza simbólica que encierran sus mitemas ha permitido que surgieran infinidad de interpretaciones y adaptaciones determinadas todas ellas por las circunstancias de orden socio-político, cultural o incluso económico de cada época.

La pervivencia del mito tradicional se observa en las diferentes manifestaciones artísticas y literarias de todos los tiempos. Ejemplos destacados son la novela del siglo XIX (1818) de Mary Shelley *Frankenstein o el moderno Prometeo*, o más recientemente la película de ciencia-ficción *Blade Runner*, una magnífica reinterpretación del mito prometeico en el contexto de un mundo futuro.

El objeto del presente trabajo es analizar la versión transmitida en la obra de Hesíodo, con el objetivo de presentar las implicaciones históricas, políticas y filosóficas de este primer testimonio literario del mito.

Si partimos de que el mito es el vehículo para la expresión y exposición de ideas y que en un primer momento se transmitían de forma oral, el valor de la obra de nuestro poeta, que recopila y organiza de forma literaria toda la tradición legendaria griega, Hesíodo, merece una especial atención ya que su obra, en palabras de V. Varela, delata un titánico esfuerzo por poner un orden y una razón, aunque sea mitológica, al panorama religioso griego en correspondencia con la sociedad en que vivió.

## INTERPRETACION

Hesíodo es un hombre y los hombres son seres sociales. La sociedad lleva implícito el hecho de dominación de unos individuos sobre otros, es un elemento consustancial a la humanidad.

Siempre vamos a encontrar y hemos encontrado a lo largo de toda la Historia personas que se han considerado en posesión de la verdad y que han deseado dirigir a las masas, creyendo que su forma de ver el mundo es la única válida. Por ello han intentado organizar o cambiar la sociedad a su antojo, o crear una nueva, según su visión de las cosas. En este sentido, es inherente al hombre el deseo de influencia sobre sus semejantes para mejorar la situación propia, ya sea como individuo, familia, clase social o como miembro de una colectividad más amplia, llámese pueblo, país o nación.

Así encontramos tres medios fundamentalmente por los cuáles los hombres intentan imponer su dominio sobre los otros: la religión, el poder político y el poder económico.

Es evidente, desde el chamán prehistórico hasta el Papa o los líderes de otras religiones en nuestros días, que siempre han existido personas que han pretendido que hay un o unos seres superiores a nosotros, los cuáles, aunque nunca los hemos percibido ni captado por medios físicos, están presentes en nuestras vidas y pueden influir e influyen decisivamente en ellas: Dios o los dioses.

Estas personas manifiestan a veces estar en comunicación directa o a veces saber interpretar los signos que envían las divinidades, que por supuesto, están pendientes de nosotros. Lo que es indiscutible es que conocen la voluntad divina y la transmiten a sus conciudadanos para que éstos la cumplan. En muchos casos, además, indican cómo los fieles pueden actuar para cambiar o favorecer la voluntad de los dioses, a fin de que éstos cumplan con las peticiones o ruegos. Por supuesto, este conocimiento les permite dirigir las sociedades, ya que se encuentran legitimados para ello por el ente u entes superiores, que los coloca en la cúspide del ordenamiento social, y todos deben acatar sus designios. Y si alguien no los acata o propone una alternativa religiosa, siempre se le puede tachar de hereje. O si dos facciones que se acusan mutuamente de

herejía no conviven pacíficamente, siempre está la alternativa de la guerra de religión, que puede tomar diferentes nombres: cruzada, yihad, etc.

Otra forma de imponer el hombre dominio sobre los demás, quizás la más antigua desde los albores de la humanidad, es el poder basado en la fuerza. La ley del más fuerte se impone y crea unas estructuras políticas en las sociedades, desde la más primitiva hasta la actual.

Y aunque el poder político como tal se halle mediatizado por el religioso o el económico, finalmente estos dos están encaminados también a dictar las normas por las que se rigen los hombres. Son por ello manifestaciones de dicho poder político, entendido éste como organizador de estructuras sociales.

Por su parte el poder económico es, como hemos visto, un medio para disfrutar de las comodidades, de la mejor calidad de vida posible. Pero la forja o mantenimiento de esta situación de privilegio necesita de una estructura política que le de soporte y que pueda mantener esa situación. Por ello, en última instancia, quienes detentan el poder económico acaban detentando una parte más o menos importante del político, preocupados por el mantenimiento del *status quo*.

El poder en la Grecia de Hesíodo lo ejercía una clase aristocrática a la que nuestro poeta no pertenecía. Éste era miembro de un campesinado que iba adquiriendo un mayor poder económico y necesitaba acceder al poder político para no estar sometido a los nobles.

El poder de éstos había sido legitimado por los mitos homéricos, que con una conjunción de religión y fuerza, dioses y guerra, justificaban el que la aristocracia guerrera fuera la cúspide de una sociedad tan beligerante como la griega. Pero Hesíodo era un rapsoda, un poeta, un aedo.

Si Homero con su obra había cumplido la función de un ideólogo para justificar la situación social del momento, Hesíodo no quería ser menos. De hecho, en *Certamen*, se autoproclama vencedor sobre el autor de *La Ilíada*, aunque probablemente no fueron contemporáneos.

Esto ya nos va a dar la pauta de cómo será el talante del de Ascra. Podemos imaginar que se trata de un inconformista, un hombre poco impresionado por la tradición homérica, consciente del valor de las

palabras y su potencial para cambiar la mentalidad de las personas, y con una enorme capacidad comunicativa al servicio de la transformación social que pretende propugnar. Con sus obras *Teogonía* y *Trabajos y Días* va a intentar justificar la puesta en igualdad del campesinado con la aristocracia, y lo va a hacer cumpliendo la misma función de ideólogo que desempeñó Homero en su momento.

Para ello utiliza el argumento religioso, que tan buen resultado ha dado siempre. Por otra parte la religión y el mito preexistente que la explica debían estar tan íntimamente unidos a la vida y al pensamiento griegos, que no podrían separarse, formarían parte indivisible de su psique.

Así Hesíodo organiza el nacimiento y desarrollo de los acontecimientos entre dioses y hombres y su interacción mutua para justificar la llegada al poder de Zeus, piedra angular sobre la que sostiene toda su argumentación. Es éste un dios de *Díke*, ante el que todos son iguales, aristócratas y campesinos, dioses y hombres, y ante el que todos responden de la misma manera.

Por ello el mito de Prometeo es tan importante. Nadie puede saltarse la voluntad de Zeus, sea hombre o dios. De esta manera los nobles entenderían que no podrían hacer impunemente lo que les apeteciera. Si los hijos de Jápeto pueden ser castigados, todos pueden, aunque sea por una participación indirecta en los acontecimientos, como les ocurre a los hombres por su implicación en el sacrificio de Mecona y el robo del fuego.

Conviene que todo el mundo sepa que el orden social está por encima de las individualidades y que su preservación concierne a todos al precio que sea necesario.

En este sentido, una interpretación del hecho de que Zeus castigue a Prometeo con el crecimiento diario del hígado, podría ser que éste crece como lo hace la impiedad de los hombres, que siempre intentarán dominar a sus conciudadanos y utilizar el sagrado orden social en beneficio propio. Zeus, a través del águila, extirparía ese ansia de dominación cada vez que se regenerara, sirviendo además de recordatorio para todos los hombres que no deben desafiar su justicia.

Aquí la voluntad de Zeus representa a la voluntad de la polis, expresada por los legisladores en la ley.

Es la forma en que Hesíodo justifica el ascenso de su clase y la igualdad con los aristócratas en un plano religioso. Se constituye como teólogo, ya que interpreta el paso del caos al orden divino, y como tantos otros, muestra cuál es la voluntad de los dioses.

Y puede hacerlo porque el poder económico está de su lado. El campesinado es autosuficiente y cuenta con los medios para la producción. Eleva el valor del trabajo a un primer plano, como santo y seña de su *status*, y como elemento que, junto a la *Dike* de Zeus equiparan los miembros de la polis. La consecuencia directa es el reparto de poder político, objetivo de su obra.

La Historia nos enseña que el hombre busca dominar al hombre, y el episodio de Hesíodo es uno de más de los numerosísimos que podemos encontrar en cualquier época, en los cuáles la lucha por la igualdad se halla presente. En toda civilización humana las luchas y tensiones sociales están presentes e intrínsecamente unidas la vida política. Siempre que haya un dominador, habrá un dominado que luchará por cambiar esta situación. En mi opinión, las obras de Hesíodo son la primera prueba escrita del primitivo intento del hombre en Grecia de abrir una puerta, de iniciar un camino que acabará desembocando en una democracia en la que, siempre con las pertinentes salvedades del contexto histórico, los hombres serían “iguales”.

Se trata de un modelo de sociedad con una influencia tan profunda en el devenir de la Historia, que hasta en nuestros días nos miramos en ella como en un espejo para construir nuestra actual democracia.

Para mí esta es el valor de la obra hesiódica. Nos trasmite la idea de la necesidad de la lucha eterna y consustancial al hombre para mejorar y para crear un mundo más justo en el que todos puedan desarrollar sus capacidades sin estar sometidos a otros, plasmada en una obra intemporal que puede reinterpretarse en cada época histórica, porque es universal y no habla de acontecimientos particulares, sino del carácter y la esencia del espíritu humano y las contradicciones contenidas en él: el egoísmo del que quiere dominar y la grandeza de la lucha del que no quiere someterse.

Sin embargo, no todo va encaminado hacia una igualdad entre los hombres. Hesíodo es el producto de una sociedad con una cultura patriarcal. La consecuencia es el tratamiento misógino de Pandora. La

mujer es el origen del mal. En una sociedad estratificada en la que los hombres de la polis buscan la igualdad, a la mujer ésta no sólo le es negada, sino que con este mito se le negará para siempre, en tanto que es origen del mal y que tiene una naturaleza voluble y una mente cínica, ambas distintas a las del hombre. Es impensable siquiera considerar su equiparación. Se trata de un ser inferior creado para castigar a los hombres, los cuáles tienen un pasado glorioso en las anteriores razas, entre las que destacan la de los hombres de dorados, y son amados de dioses como Prometeo.

Y si la mujer no es equiparable al hombre, se ha creado para estar sometida a él. Además, muestra el autor cierto rencor hacia las mujeres, porque sin ellas no es posible tener familia ni engrandecer la polis. Los hombres por sí mismos no son autosuficientes, y por tanto, no son tan superiores.

Con toda seguridad, eso mismo pensaron los aristócratas sobre los agricultores, sin éstos no es posible la existencia de la polis. En ambos casos, pues, habría alguna cesión de poder, con lo que se equilibraba la balanza.

En el caso de la mujer respecto al campesinado, la diferencia estriba probablemente en el hecho de que no hubo ninguna figura como la de Hesíodo que cantara sus grandezas.

## **BIBLIOGRAFÍA.**

HESÍODO, *Teogonía*. Editorial Gredos, Madrid, 2006.

VIOLETA VARELA ÁLVAREZ. *El mito de Prometeo en Hesíodo, Esquilo y Platón*. Panorama de narrativas. Editorial Anagrama. Barcelona, 2005.

ROBERT GRAVES, *Los mitos griegos*. Grandes obras de la cultura, RBA Coleccionables, 2009.

CARLOS GARCÍA GUAL, *Prometeo: mito y tragedia*. Libros Hiperion, Ediciones Peralta, Madrid, 1979.

A. LOPEZ EIRE, “*El mito de Prometeo: el fuego*”, López Moreda-Gómez (eds.), *Ideas: De Prometeo al siglo XX. Un viaje por el legado clásico*, Madrid 2006, pp. 17-54.

LOUIS SÉCHAN, *El mito de Prometeo*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1960.